

APRENDER A APRENDER

Cada vez más científicos, y sobre todo más maestros, insisten en la evidencia de que cuantos más años vivimos, menos representa el tiempo de aprendizaje reglado en el balance global del conocimiento que cada persona atesora a lo largo de su vida.

Si a ello sumamos carencias educativas y culturales originadas por distintas circunstancias personales y/o sociofamiliares, o déficits intrínsecos al propio sistema educativo y a los planes curriculares, se origina “la tormenta perfecta” que explicaría el bajo nivel cultural y de conocimientos de buena parte de la sociedad, incluso con títulos universitarios colgados en la pared. Basta con asomarse mínimamente a televisiones y redes sociales para constatar esta realidad.

Asimismo, hay quien habla de que estamos ante un “apagón del conocimiento” cuando todo el énfasis se pone en la acumulación de datos y datos, creyendo que saber más es simplemente encadenar una sucesión de informaciones o su mera copia. Y se habla también de un exceso de confianza en la tecnología como fuente de conocimiento en auxilio de la propia ignorancia y como limitada sustituta de libros que leer y del papel en el que escribir.

Es evidente que son -o nos pueden parecer- análisis extremos, sin embargo, no están exentos de un poso de verdad.

No podemos entrar a analizar en esta página editorial todo lo que origina esta situación, ni esta visión crítica que nos alerta de que algo no se está haciendo bien. Pero nos detendremos, al menos, en una somera reflexión sobre una competencia esencial que puede ayudar a combatir en buena medida las carencias sumadas que llevan a aquéllas.

Se trata de *aprender a aprender*. Todos los recursos educativos debieran movilizarse al servicio del desarrollo personal y de la adquisición de las habilidades cognitivas e instrumentales suficientes para ser capaces de **progresar en el aprendizaje autónomo y activo a lo largo de la vida**.

No pretendemos otra cosa distinta para escolares y estudiantes con sordera, si bien el sustrato de su educación para llegar a ser ese aprendiz autónomo y activo sigue siendo el mismo que el de cualquier otro alumno: desarrollar las capacidades y habilidades necesarias para manejar la herramienta básica y más potente que da la llave de acceso al conocimiento, y que no es otra que la expresión y la comprensión lectoescritora. No hay otro camino para poder alcanzar el ilimitado horizonte que pone ante cada uno su capacidad para *aprender a aprender*.

Políticos, Administraciones y profesionales tienen en su mano recursos, productos de apoyo y tecnología para afrontar la responsabilidad y las decisiones que harán posible que no se malogre esta meta, pues el periodo formativo en la escuela o en la universidad no lo es todo, tal como decíamos al inicio, pero es el que aporta o resta instrumentos y opciones para el crecimiento más allá de las etapas educativas por excelencia. 